



No dejemos que la coyuntura se coma otra vez a la indignación. No permitamos que se acalle un dolor social vivo que en algún lugar del alma ya se enquistó.



Esto ya se enquistó

Si desde Palacio querían desinflar la noticia, lograron justo lo contrario.

Hasta ahora.

Pocos sucesos tienen recordatorio social amplio. Algún hecho político sobresaliente, una copa del mundo, un sismo, un asesinato de alguien prominente. Algo así. Pero que, según la encuesta nacional más reciente de *El Financiero*, 86% de los encuestados se haya enterado “del hallazgo de un presunto campo de entrenamiento y exterminio en Teuchitlán, Jalisco”, es de destacar. 86% es casi todos. Y eso habla de la enorme presencia que el tema ha tenido en medios de comunicación, redes sociales y espacios digitales, en la conversación cotidiana. De acuerdo con una muy sólida medición de contenido a la que tuve acceso, el 21 de marzo “Teuchitlán” estuvo en casi 300 mil menciones en un solo día, sin contar el alcance a millones de usuarios de lo digital y de consumidores de medios tradicionales que se exponencia en la viralización. Como pocas cosas, Teuchitlán se metió en la médula social. Será que también por eso, desde Palacio

intentaron activar una guerra semántica para desarticular narrativas de exterminio y buscar reencauzar el malestar social hacia culpas de otros tiempos, otros actores, otras responsabilidades.

No fuimos nosotros; los zapatos y las prendas de vestir no sabemos si son de desaparecidos o de quiénes; se ve que asesinaron, pero no hay campo de exterminio; respeto a las madres buscadoras, pero no me reuniré con ellas, dice la Presidenta, lo hará la secretaria de Gobernación; que responda Jalisco, que responda Jalisco, que responda Jalisco. Déjenos de mirar y de culpar para que todo se pierda en el eterno patrón del olvido que tanto arropa lo indeseable.

Bienvenido Cuauhtémoc Blanco y su fallido desafuero: ¿qué importan las víctimas de Teuchitlán si un macho agresor toma la tribuna y desvía la atención? Bienvenidos los aranceles porque aunque nos partan la madre desvían la atención. ¿Qué importa que estén exigiendo de todos lados que se entreguen resultados, que se entreguen personas, que nos entreguemos, si eso nos saca del foco de la conversación más incómoda y dolorosa

que hemos enfrentado en estos seis meses? Bienvenida la polémica porque nos permite acomodar prioridades. Bienvenido el dolor, que también nos duele, porque no sabemos cómo salir de ésta y si a los demás les duele no nos exigen. Nosotros no somos como los de antes, grita Fernández Noroña en el CIDE, frente a los zapatos que le colocaron estudiantes en protesta. No somos, dejamos de ser, no nos volteen a ver.

En algo pueden tener razón quienes buscan patear el bote. Teuchitlán se metió a la conversación social, tuvo miles de menciones en medios, penetró el alcance digital, se hizo presente en las primeras planas internacionales. Pero si solo se mantiene como noticia y no se convierte en algo que es nuestro, habrán ganado quienes necesitan que nos olvidemos pronto de todo esto.

Si otra vez no logramos hablar de nuestros desaparecidos como reclamo social, si no logramos hacerlos nuestros, habrá ganado el cinismo del poder.

Otra vez.

“La barbarie y el exterminio nos acechan, sobre todo a nuestras juven-



tudes. La desaparición de personas es una emergencia que debe ser reconocida como tal y enfrentada con unidad nacional”, dice Karla Planter, nueva rectora de la Universidad de Guadalajara. 49% de los encuestados considera, según *El Financiero*, que el gobierno de Sheinbaum va a ocultar la información del caso Teuchitlán. 91% afirma que los casos de personas desaparecidas en el país son importantes; 94% dice que saber la verdad sobre Teuchitlán es importante.

Consolémonos:

*tampoco había crematorios como
en Auschwitz*

*solo leves columnas de fuego
brotaban de sus incendios
casi señales de humo
mensajes indescifrables
de una aceptada agonía
mejor que la vida ofrecida.*

(G Morfin)

No podemos olvidar las palabras que describen el horror. No podemos dejar que la coyuntura se coma otra vez a la indignación. No se trata de sumarse a cierto golpeteo opositor que sirve a la carroña. Pero tampoco podemos permitir que desde Palacio se decrete otra verdad oficial para acallar un dolor social vivo que en algún lugar del alma ya se enquistó.

Está en nosotros lograr que no se desinfe la noticia. Que la historia siga viva para encontrar a nuestros desaparecidos.

Y que el punto final no lo sea por decreto.